

# ESTUDIOS BÍBLICOS

VOLUMEN LXXX / AÑO 2022 / ENERO-ABRIL / CUADERNO 1



UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

EN COLABORACIÓN CON  
ASOCIACIÓN BÍBLICA ESPAÑOLA



EDICIONES  
UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

---

Santiago GUIJARRO, *Los cuatro evangelios*. Cuarta edición revisada y aumentada (Biblioteca de Estudios Bíblicos 124; Salamanca, Sígueme, 42021). 670 pp. ISBN: 978-84-301-2101-4. € 34

Revisar, corregir y mejorar obras ya publicadas es una labor muy meritoria, pues implica en el autor una actitud de aprendizaje permanente y autocrítica humilde. Es lo que nos encontramos en esta magnífica monografía, que ya era la mejor en su campo en lengua castellana, y que ahora ha sido pulida y mejorada por su autor, Santiago Guijarro, catedrático de Nuevo Testamento de la Pontificia Universidad de Salamanca.

Para los lectores que ya conocían la versión precedente, estos son los cambios más relevantes: además de una actualización bibliográfica y una revisión de la obra

en su conjunto, las mejoras más significativas son la ampliación del estudio sobre el género literario y la formación de los evangelios; una reorganización más sistemática de los temas; la nueva redacción de la lectura cursiva sobre Mateo y Lucas; y el capítulo sobre los Hechos de los Apóstoles. El autor explica más detalladamente estos cambios al final del prólogo (17-18). Me gustaría añadir que Guijarro también ha enriquecido el libro con las aportaciones más recientes de la crítica textual y los estudios sobre el texto. Los epígrafes iniciales a cada evangelio (“transmisión textual y ediciones”) son excelentes.

Para los nuevos lectores de la obra, se debe aclarar de entrada la índole de libro. Se trata de una monografía que excede el género “manual”, por su extensión y porque el autor presenta su propia visión sobre los temas. Sin embargo, el prof. Guijarro no abandona nunca dos virtudes propias de un buen manual: la sencillez expositiva y el esfuerzo de la síntesis. Asimismo, la opción de incluir el estudio tanto del evangelio de Juan como de los Hechos de los Apóstoles —lo que no suele suceder en los manuales de evangelios sinópticos— es una ventaja, en mi opinión, que permite contemplar el panorama de conjunto acerca de los libros sobre Jesús. Así se logra una visión más completa del “evangelio tetramorfo”.

En cuanto a la articulación de la obra, esta comienza con una introducción sobre la producción y selección de los cuatro evangelios por parte de la Iglesia primitiva en el marco más amplio de la literatura cristiana antigua. Los datos que ofrece el estudio de la materialidad de los manuscritos enriquecen el capítulo. El prof. Guijarro continúa con la primera parte de la obra sobre la composición de los evangelios, en la que se tratan las preguntas típicas de una buena introducción a los evangelios, aunque con un tratamiento renovado: comienza con la cuestión sobre la posible dependencia literaria entre los cuatro textos evangélicos (cap. 1); continúa con el capítulo central acerca de la transmisión oral de los recuerdos sobre Jesús y las etapas del proceso desde su surgimiento con el mismo Jesús a su cristalización en los evangelios (cap. 2); sigue con el estudio sobre las composiciones anteriores a los evangelios (relato premarquiano de la pasión, documento Q, fuente de los signos: cap. 3); y termina con el análisis de la composición escrita de los evangelios a partir del género biográfico y del proceso de reescritura (cap. 4).

La segunda parte de la obra dedica un capítulo a cada evangelio, más Hechos de los Apóstoles en relación con Lucas. En estos capítulos, el autor siempre sigue el mismo itinerario: el estudio del proceso de composición del evangelio, una lectura cursiva que lleva “al lector hasta el texto para que él mismo descubra su mensaje” (252), y la situación contextual de las comunidades a las que iba dirigido cada evangelio y a la que intentaron responder. Aunque falta una exposición ordenada de los temas más característicos de cada evangelio, dichas ideas —y conductas implicadas— aparecen suficientemente expresadas a lo largo de la presentación. El mismo autor, consciente de esta anomalía, justifica su opción: “los evangelios son textos narrativos y exponen su mensaje contando un relato, cuya riqueza escapa siempre a cualquier intento de sistematización” (16). Según él, decantar los supuestos temas teológicos de los evangelios

desconectándolos de la narración biográfica sobre Jesús es una forma de deformar el mensaje. Esta opción persigue evitar que el lector perezoso lea solo la sección sobre el contenido teológico de cada evangelio, olvidándose de su forma narrativa. El libro termina con una adecuada conclusión sobre la memoria de Jesús en los orígenes del cristianismo, pues ciertamente los cuatro evangelios no son textos independientes, sino productos literarios diversos de un mismo proceso de profundización en el misterio de la identidad de Jesús. Y, en apéndice final, se incluye su reconstrucción del relato premarquiano de la pasión, el documento Q y la fuente de los signos.

En cuanto a los presupuestos generales en que se basa la obra, el autor sigue el consenso de la mayoría de los estudiosos: adopta como suya la teoría estándar de la prioridad de Marcos y la hipótesis de los dos documentos (Mc y Q), para la composición de Mt y Lc. Propone que el cuarto evangelio conoció los sinópticos —Marcos y quizás Lucas—, pero no se basó en ellos para componer su obra y así presentó otra visión, si bien complementaria, sobre Jesús.

Otra idea relevante de la monografía es la importancia de la tradición oral, no solo en el primer momento de la transmisión de los recuerdos sobre Jesús, sino en todas las etapas del proceso de formación de los evangelios. Guijarro logra aunar la aportación inicial de la escuela de la historia de las formas, los estudios más recientes sobre la oralidad y escritura en la Antigüedad y las investigaciones sobre la memoria social y la identidad. El autor recalca, en este sentido, que la relación entre oralidad y escritura no fue lineal (de las tradiciones orales a su redacción escrita), sino coexistente e interdependiente, de forma que la predicación de los seguidores de Jesús y la elaboración de sus escritos se fecundaron recíprocamente. “No fueron dos formas de transmisión autónomas y desconectadas, sino que interaccionaron a diversos niveles y en diversos contextos” (159). Guijarro también expone acertadamente que la visión tradicional sobre el contexto vital debe ser ampliada, teniendo en cuenta la diversidad regional (el ámbito rural siropalestinense o el ambiente urbano de las ciudades mediterráneas) en la que se transmitieron los recuerdos sobre Jesús de modos diferentes. Otra idea muy sugerente —por cierto, también nueva en esta cuarta edición— consiste en evidenciar que la reescritura de Mc por parte de Mt y Lc (y, en otro sentido, Jn) fue no solo un hecho literario, la aceptación del género de las biografías helenísticas para hablar de Jesús, sino también una opción de profundas implicaciones teológicas: la valoración de la vida de Jesús, también de su muerte, y sobre todo de su misteriosa identidad. Este modo de transmitir los recuerdos de Jesús evitaba considerarlo solo como un maestro de sabiduría y se oponía, además, a las tendencias docetas y protognósticas que iban surgiendo.

Globalmente, el autor tiene una especial querencia por las cuestiones diacrónicas (tradiciones, fuentes, relaciones con escritos previos y posteriores, comunidad, destinatarios, etc.). En este sentido, una pregunta es recurrente: ¿cómo fue siendo compuesto, en sus diferentes momentos y estratos redaccionales, cada evangelio? Se trata, así pues, de una excelente presentación sobre las investigaciones históricas acerca de los evangelios, aunque algunos lectores quizás echarán en falta una mayor profundización teológica.

Seguidamente, vamos a hacer algunas críticas de detalle a una obra que es monumental en sus hipótesis y aportaciones.

El autor cita varias veces el pasaje de Papías de Hierápolis (siglo II d.C.), testimoniado por Eusebio de Cesarea (*Hist. Ecl.* 3.39,4), sobre la prioridad de la predicación oral sobre los evangelios escritos. El prof. Guijarro quiere, en respuesta al paradigma tradicional que consideraba la oralidad tan solo como un paso previo a la escritura, revalorizar así la tradición oral. Sin embargo, Andrés Sáez Gutiérrez ha puntualizado oportunamente a propósito de esta cita que: “El hecho de que los presbíteros fuesen portadores de la instancia de legitimación es la clave para entender por qué Papías ha preferido «la voz viva y permanente» a los libros como fuente de contenidos tradicionales. En efecto, no se trata tanto de una preferencia acrítica de la oralidad a la escritura —de hecho, el obispo de Hierápolis se hace eco de quienes transmiten oralmente preceptos extraños— como de reunir en la persona del testigo la fuente de las tradiciones, la instancia física de legitimación y la vida propia de la fe” (*Canon y autoridad en los dos primeros siglos*, vol I. [Studia Ephemeridis Augustinianum 142; Institutum Patristicum Augustinianum, Roma 2014] 310). De hecho, el mismo Santiago Guijarro afirma varias veces que la comunidad controlaba de diferentes maneras la transmisión de la memoria sobre Jesús. Esta preeminencia de la oralidad, en consecuencia, no es solo un factor cultural, sino un indicio de que aquellas nuevas obras eran instrumentos comunitarios para relacionarse y difundir el evangelio de la salvación.

Entre “los escritos más antiguos sobre Jesús”, Guijarro incluye los que aparecen mencionados en autores eclesiásticos y están atestiguados en manuscritos antiguos. Según estos dos criterios, sería bueno incluir también el *Diatéssaron* de Taciano, compuesto entre el 172 y el 175 d.C., según W. L. Pedersen, *Tatian's Diatessaron. Its Creation, Dissemination, Significance, & History in Scholarship* (Supplements to *Vigiliae Christianae* 25; Brill, Leiden 1994) 427. De él se tiene un fragmento en griego encontrado en Dura Europos hacia el 220 d.C. y es muy citado por Afraate, Efrén y otros autores sirios. Guijarro, de hecho, alude al *Diatéssaron* en varios momentos de su obra y dice que el pronunciamiento de Ireneo acerca de “estos cuatro y no otros” respondería, entre otras cosas, “al uso de armonías evangélicas que fueron tan populares a lo largo del siglo II, como indica la difusión que tuvo el *Diatéssaron* de Taciano” (42). Sin embargo, no está claro que los lectores de esta obra la leyeran como “armonía evangélica”. Hoy cada vez más especialistas (Francis Watson, Matthew Crawford, etc.) consideran la obra de Taciano como un evangelio más. De hecho, era llamado “el evangelio” en las Iglesias sirias, donde fue leído en su liturgia hasta el siglo V. De la misma manera que Mt se basó en Mc y Q sin citarlos, así el *Diatéssaron* bebe de los cuatro evangelios anteriores y de otras tradiciones sin que por ello perdiera su unidad o su pretensión de comunicar el mensaje de Jesucristo (el mismo autor apunta esta idea: 600).

A propósito del evangelio de Marcos, el prof. Guijarro interpreta el progresivo deterioro de la imagen de los discípulos más cercanos y la aparición de personajes secundarios que encarnan las actitudes de verdaderos discípulos (la suegra de Pedro, la mujer de Betania, Simón de Cirene, etc.), desde un punto de vista histórico, como

dato que refleja las circunstancias de la segunda generación, ya sedentaria, que se identificaría con estos personajes secundarios y no con los discípulos itinerantes (308-309). Esto le lleva a conjeturar (313-314) que la comunidad de Marcos tendría una “actitud polémica con respecto a los Doce”, como Pablo con Pedro en Gál 2,11-14. Sin embargo, me parece que esta transparencia del relato no es tan evidente: Pedro y sus compañeros son rehabilitados en Mc 16,7. Además, la incomprensión de los discípulos más cercanos parece más bien un recurso literario: la medida de su incapacidad para comprender a Jesús es directamente proporcional al misterio que tienen que comprender; esto es, que ellos no comprendan es signo de que el crucificado era verdaderamente el Hijo de Dios, lo que se escapaba a cualquier capacidad de entendimiento. Además, la contraposición Mc-Pablo-helenistas versus Doce-Pedro-Mt me parece más una herencia exegética de la escuela de Tubinga que un elemento fiable en la reconstrucción de los orígenes del cristianismo.

En cuanto al evangelio de Mateo, resulta un acierto interpretar la disposición literaria del texto a partir del criterio de las biografías antiguas (330-333). La amplia lectura cursiva del primer evangelio también es muy recomendable para el que quiera hacerse una visión global de la progresión narrativa de Mateo. Con todo, no estoy tan seguro cuando Guijarro propone que Mateo exhorta a sus destinatarios a organizarse según el modelo de las asociaciones voluntarias del Mediterráneo antiguo, aunque su idea de ellas sea bastante amplia, pues también incluye en esta categoría a las sinagogas de la diáspora (379).

En la conclusión, el autor releva tanto la continuidad de los textos evangélicos con el impacto que causó Jesús en sus primeros seguidores, como una indudable discontinuidad. Él evidencia la importancia del recurso a las Escritura para interpretar la memoria sobre Jesús y la opción por vehicular aquellas tradiciones a través del modelo biográfico. Estos factores mostraban que los seguidores de Jesús no se detuvieron solo en sus enseñanzas o en sus acciones, sino que se concentraron en el misterio de su persona. El prof. Guijarro también menciona que se trataba de “una memoria viva” y que “ellos hablaban de alguien que seguía vivo y cuya venida esperaban” (599). Sin embargo, creo que el autor hubiera enriquecido su conclusión si desarrollara las repercusiones que esta convicción supuso para el modo de transmitir e interpretar las tradiciones sobre Jesús. Si los dichos y los relatos de Jesús no eran solo la memoria de un difunto, si algunos creían que sus palabras antiguas seguían siendo pronunciadas contemporáneamente por el Emmanuel (Mt 28,19-20), y otros experimentaban que el Espíritu Paráclito los estaba guiando hasta la verdad completa (Jn 16,13), entonces, a la hora de explicar la formación de los evangelios, no basta el esquema conceptual de unas tradiciones que se transmitían y evolucionaban con el tiempo. Dicho esquema debería ser complementado por el de un diálogo actual en continua profundización. Si los autores (y lectores) de la última edición de Marcos —incluido el apéndice canónico— o de Juan no se hicieron problemas en incluir sus añadidos y actualizaciones era porque consideraban que el Señor resucitado seguía de alguna manera hablando a través de ellos con sus comunidades.

Otras muchas riquezas —y algunas hipótesis opinables— podrían ser mencionadas respecto de Lucas, Hechos y Juan. Quisiera terminar, sin embargo, con un símil evangélico. Con su trabajo, el prof. Guijarro, excelente escriba del reino de los cielos, ha sabido sacar del arca de la tradición exegética las cosas nuevas (los hallazgos sobre la memoria social y la identidad en el Mediterráneo antiguo; las investigaciones literarias sobre el fenómeno de la reescritura; los estudios más recientes sobre el texto y la crítica textual, etc.) y las antiguas (la historia de las formas y la redacción, la larga reflexión sobre la cuestión sinóptica, etc.) para componer una obra monumental que ayuda al lector a adentrarse con competencia en las particularidades de la tradición evangélica. Encarezco vivamente su lectura.

**Álvaro Pereira Delgado** – Facultad de Teología San Isidoro de Sevilla – Avd. Cardenal Bueno Monreal 43 – 41013 Sevilla